LOS TRENOS

Ó

LAMENTACIONES DE JEREMIAS,

puestas en verso y distribuidas en lecciones y capítulos con arreglo al uso que de las mismas hace nuestra Madre la Iglesia en los maitines de Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa:

POR

D. SILVESTRE RONGIER, PBRO.

PUBLICADAS

con la competente censura y aprobacion de la Autoridad eclesiástica y enriquecidas con gracias espirituales por varios distinguidos Prelados de la Iglesia.



SEGUNDA EDICION ESTEREOTÍPICA.

VALENCIA:
Imprenta de la Regeneracion Tipográfica, calle del Sagrario de Santa Cruz, núm. 4.
1859.



Palacio Arzobispal de Valencia 19 de Febrero de 1856.

Deseando fomentar la devocion de los fieles, concedemos ochenta dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer cualquiera de las LAMENTACIONES DE JEREMIAS, puestas en verso por D. Silvestre Rongier, contenidas en el presente impreso, rogando á Dios Nuestro Señor por la exaltacion de la Santa Fé Católica y demás fines piadosos de Nuestra Santa Madre Iglesia.—Pablo, Arzobispo de Valencia.

En la misma forma tienen concedidos ochenta dias de Indulgencia el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, y cuarenta los Ilmos. Sres. Obispos de Cuenca, Segorbe, Orihuela, Barcelona, Avila, Santander, Orense y otras distinguidos prelados de la Iglesia.

IMPRIMASE

Lo decretó S. E. I. mi señor:
de que certifico:

Félix Gomez,
Can. Sec.

MAITINES DEL JUEVES SANTO.

LECCION PRIMERA.

CAPITULO I.

Aleph. (1) ¿Cómo tan solitaria
Un tiempo la ciudad de pueblo llena
Hoi yace y tributaria
Devora en la orfandad su negra pena?
La reina de provincias y naciones
Ve hechos trizas sus ínclitos pendones?
Beth. Llor'aflijida en noche tenebrosa:
Sus párpados anubla el triste llanto,
Y no hai mano que aleje cariñosa
Con bálsamo de vida su quebranto.
Infieles sus amigos
Desprécianla, y su luto
Aumentan cual furiosos enemigos.
Ghimel. Marchó Judá buscando á su amargura
Algun alivio por estraño suelo,
Mas ¡ai! la rabia de la jente impura
Eternos hizo su tristeza y duelo.
Y sin hallar reposo entre las jentes,
Sin treguas á su lloro y pesadumbre,
Arrastra l'angustiosa servidumbre.
Daleth. Las vias de Sion están de luto:
No ya en los templos cánticos sagrados

(1) Esta palabra y las demás que preceden á cada versículo son letras del alfabeto hebreo que marcan la forma acróstico del original.

Resuenan para Dios dulce tributo.
Las puertas destruidas, los amados
Ministros del Señor vagan jimiendo:
Las vírjenes ocultan su hermosura,
Y Sion oprimida de amargura
Hilo á hilo su llanto va vertiendo.
He. El cetro soberano
Hora empuña nadando en la riqueza
Del enemigo la estranjera mano.
Porqu'escitó Sion con su torpeza
La cólera divina,
Y Sabaot anuncia justiciero
Su pérdida y ruina;
Y hasta decreta que sañudo y fiero,
Sordo á los ayes que el amor envia,
Altivo el venzedor lleve delante,
Alarde haciendo de rudeza impía,
Cautivo al tierno infante.

LECCION SEGUNDA.

—

Vau. Sus dones y hermosura
La hija de Sion perdidos llora:
Los príncipes valientes y esforzados
En negra esclavitud, horrible y dura,
Hambre padecen, sed desgarradora.
Cual carneros sin pasto abandonados
El capricho de dueños robadores
Que hambrientos los persiguen
Débiles ya, sin fuerzas,
En inquieta zozobra siempre siguen.
Zain. Cuando á fuego y espada del contrario
Jerusalen perece

Y estranjero dominio s'establece,
¡Cómo recuerda de su antigua gloria
La escelsa majestad, el poderío!
¡Cómo Judá, fatídica memoria,
Llora y maldice su pecado impío!
De tan grande ignominia el enemigo
Es por decreto del Señor testigo
Y añade nueva hiel á los pesares,
Escarneciendo de Judá á presencia,
Con horrible impudencia,
A Dios, al culto, religion y altares.
Heth. Pecado abominable
Fu'el de Jerusalen: la idolatría.
Por eso ha sido hecha tan instable
Y todos la desprecian á porfía.
Los mismos qu'ensalzaban su grandeza,
Publican su deshonra, y dolorida,
Ya que no la impureza,
Su rostr'oculta mísera, corrida.
Teth. Los pies cubiertos lleva de inmundicia
Y olvida el desastrado paradero
Que á su horrible malicia
Prepara inexorabl'el hado fiero.
Yace abatida y su dolor acrece
Al ver qu'el enemigo ensoberbece,
Y en ciego desvarío
Atribuye á su inmenso poderío,
Cuanto el dedo de Dios indestructible
Obra vengando la maldad horrible.

LECCION TERCERA.

—

Job. La codicia voráz de su contrario

El oro que le rob, ansioso allega,
Porqu'en el grande y rico santuario
Poner sus plantas permitióle ciega:
Así el enorme y feo desacato
Espía contra Dios y su mandato.
Caph. Hambrienta y aflijida
Sion demanda pan entre sollozos.
Nada le resta ya: por la comida
Sus bienes dió y riquezas: lo mas caro
Por conservar la turbulenta vida
Qu'es mofa del avaro.
¡Ai! calma, pues, Dios mio, con presteza
Un mar tan borrascoso de amargura:
¡Dá treguas á su pobre desventura!
¡Mirada de consuelo á su vileza!
Lamed. Venid y contemplad ¡oh caminantes!
Los que cruzais el áspero sendero,
Si hai penas á las mias semejantes!
Destruyóm'el Señor: así en el dia
De su ira sañosa hablado habia.
Mem. Y viene dende lo alto su venganza.
Voráz y activo fuego
Que hasta mis huesos destructor consume
Despiadado el Señor sobre mi lanza;
Y ¡suerte infeliz! luego
Que algun alivio el corazon presume
Tiéndeme una red, donde prendida
Caigo y retrocedo amedrentada,
Siempr'en un caos de afliccion sumida.
Num. De mis maldades afrentoso el yugo
En vela inquieta y azarosa vive:
Con ellas el Señor gravosa carga
Al cuello impone cual feróz verdugo.

Y ant'el filo de pena tan amarga,
De libertad sin esperanza alguna,
Por eternal decreto
En la enemiga y vengadora mano
Del estranjero insano,
Dejóme á dura esclavitud sujeto.

—

¡Jerusalen, Jerusalen impía!
Inícuo es tu pecado;
Y pues la ira de Dios has escitado
Vuelve al Señor los ojos este dia.

MAITINES DEL VIERNES SANTO.

LECCION PRIMERA.

—

CAPITULO II.

Heth. De la hija de Sion soberbio el muro
Destruir el Señor pensado habia,
Y Dios es inmutable y llega el dia
Del trance lastimoso y golpe duro.
Tendió su cuerda: cruje pavoroso
El muro y bambolea. En raudo vuelo
Y estrépito espantoso,
Cual fúljida centella
Qu'el éter cruza sin mostrar su huella,
Derrúmbas'en cenizas por el suelo.
Teth. Sus puertas y cerrojos
El polvo inmundo tiene sepultados;
Su monarca, sus príncipes preciados

De la huest'enemiga son despojos.
Muere la lei; y amantes los profetas
Con voz qu'emula el temple soberano,
Y súplicas inquietas
Pretenden mitigar, mas ¡ ai! en vano
La cólera divina.
Sabaot no los atiende
Y el mísero penar de nuevo enciende
Jod. Del áspero cilicio revestidos
En tierra se sentaron los ancianos,
Cubiertos de ceniza, y mil jemidos
Exhalan tristes en amargo llanto
Que ahoga en la garganta el tierno canto,
Y de Judá las vírjenes queridas,
Velada su hermosura,
A Dios elevan su plegaria ardiente,
Y contra el rudo suelo
En dolorido anhelo
Abaten afligidas
Y llenas de vergüenza l'alba frente.
Caph. El llanto funeral ciega mis ojos,
Y hasta del pecho en borrascosa furia
Las entrañas saltar quieren deshechas.
Luto no mas al corazon ajita,
Tan solo hiel respiran mis endechas.
¡Doquier desolacion! ¡ doquier miseria!
L'hambre voráz y sed desgarradora
Forman del pueblo el asqueroso timbre,
Y en tan menguada hora
No hai quien el labio del rendido infante
Humedezca con mano bienhechora,
Cuando revuelv'el maternal regazo,
Sollozoso, anhelante.

LECCION SEGUNDA.

—

Lamed. Y los hijos preguntan á sus madres,
Entr'el contínuo sollozar doliente,
¿Dó está el trigo y el vino? Y tristemente,
Mil lágrimas acerbas derramando,
Los ayes de su pecho sofocando,
Desfallecen y espiran congojosos.
La madre inmoble, enjuta la mirada,
Quier'el suspiro detener postrero
Con su abrasado aliento!
Inútil, vano intento,
Le aprieta en su regazo y desprendido
Cae rodando hácia el sepulcro inerte
Cual víctima temprana de la muerte.
Mem. ¿A quién, ó de Sion hija preciada,
Podré yo compararte?
¿Qué desgracia, que pena con la tuya
Igualaré con que consuelo darte?
Y quien, ó de Salem escelsa vírjen,
Alivio prestar'á tu desventura?
Grand'es, como del mar el ancha via.
Indecibl'es, ó Reina, tu agonía,
Sin límites ni término: el acento
Que arranca el corazon en este dia
¿Quién modulará con blando sentimiento?
Nun. Mintieron tus profetas.
Falsedad y locura sus visiones.
Lisonja dando al gusto enamorada,
Levantaron un trono á las pasiones.
Preclara te mostraban tu victoria
Y eterna destruccion del enemigo,
Mas de tantas locuras al abrigo,

Vist'en el fango tu potente gloria.
Samech. Burla fué y escarnio.
Y hora se acerca tu contrario al muro
Y rie de tu suerte al trance duro.
Y entre algazara que al piadoso aterra,
Esclam'altivo con su lengua impura:
¿Es esta la ciudad de la hermosura?
¿El gozo peregrino de la tierra?

LECCION TERCERA.

—

Aleph. Yo so y el aflijido
Que mira su desgracia y su pobreza
En el azote de Su saña dura.
Aleph. Yo el siempre conducido
Por áspero sendero de tristeza,
Cárceles, tinieblas y amargura.
Aleph. El solo atormentado
Por el brazo de Dios que todo el dia
Firme revuelve contra mí, y airado
Aumenta sin cesar la pena mia.
Beth Mi piel y carne puso envejecidas
La mano poderosa:
Quebrántanse mis huesos
Y huyen de mí el vigor v fortaleza
Que por su clara y sin igual belleza
Eran orgullo de natur'airosa.
Reth. Cárcel de amargura
Es hoi el cuerpo do encerrado vivo;
Habitacion impura
Qu'el yugo torna mas voráz y activo.
Beth. Colocóm'en albergue tenebroso
Sin esperanza de volver á vida,

Cual tumba solitaria
Que de ciprés ceñida
Encierra la ceniza funeraria.
Ghimel. De hierros y cadenas aceradas,
Mui pesadas
Cargóm'el cuerpo en calabozo horrible.
Cerró los pasos y la luz qu'envia
Claro el dia
Que bañe mis pupilas no es posible.
Ghimel. Quis'elevar mi funeral acento
Por l'afliccion del pueblo perseguido,
Y el eco de mi voz, eco atrevido
Es para el duro cielo
Que aumenta el desconsuelo
Ahogando al nacer mi escaso aliento.
Ghimel. Ya no hai camino que al placer con-
Vereda sin trastorno! (duzca,)
¡No quiere Dios que célica reluzca
La gloria de mí en torno!

—

¡Jerusalen! ¡Jerusalen impía!
Si quieres l'amargura
Trocar alegr'en sin igual ventura,
De la maldad huyendo,
Reconoce á tu Dios en este dia.

MAITINES DEL SABADO SANTO.

LECCION PRIMERA.

—

CAPITULO III.

Het. De culpas y pecados

Castigo es cuanto ahora padecemos,
Y á la bondad de Dios solo debemos
Por siempre no haber sido esterminados.
Y ¿cómo no, si brilla majestuoso
En medio su justicia
El semblante de Dios siempre amoroso?
Heth. Nuevas de Tu verdad y fiel cariño
Preclara trae la rosad'aurora.
Quien fia en Tu palabra
La dulce quietud labra
Y goza de la gloria encantadora
Heth. Mi herencia y mi porcion es Dios del
Dijo alegre mi alma: (cielo,
Al triste, pues, infando desconsuelo,
¿No habrá de suceder la blanda calma?
Teth. ¡Bueno es el Señor para el que espera
En él la dulce dicha y bienandanza:
Y l'alma que sincera
Con fe le busca, salvacion alcanza.
Teth. ¡Bueno es qu'en silencio aguard'el hom-
Y espere de su mano (bre
Remedio á l'afliccion, sin que le asombre
De la desgracia el malestar insano!
Teth. ¡Bueno es qu'en su primer'adolescencia
El yugo de la Lei haya llevado
El hombre con paciencia,
Y sufra los trabajos resignado!
Jod. ¡Este hallará tranquilo y solitario
Dulce retiro que del mal le aparte;
Contra el gozo mundano, infiel y vario,
Fortísimo baluarte!
Jod Y hasta la tierra humillará su boca,
Las culpas confesando,

Pues siempre escucha Dios á quien le invoca
Su bondad ensalzando.
Jod. Sin desplegar el labio
Dará su megill'al que le hiriere,
Cual de su propia culpa en desagravio.
Y cubierto de oprobios afrentosos,
Sin humano poder que los modere,
Sin débil quej'alguna
Será el juguete de la infiel fortuna.

LECCION SEGUNDA.

CAPITULO IV.

Aleph. ¿Como el tan preciado
Oro del Templo yace oscurecido?
¿Quién su color bellísimo, esplendente,
Pudo haber deslucido?
Y ¿quién el atrevido,
Sacrílego, inclemente,
Que las piedras del rico Santuario
Esparze por las plazas temerario?
Beth. Los hijos de Sion tan poderosos,
Los del oro finísimo en sus trajes,
¿Raza son hoi, tan solo comparable
Por enemigo fiero,
A vasija de barro despreciale
Que fabrican las manos de alfarero?
Ghimel. A sus cachorros las feroces lámias
Blandas ceden el pecho;
Mas la hija cruel del pueblo mio
Huye del hijo en lágrimas deshecho.
Y cual dur'avestruz, sord'á la pena
En l'abrasad'arena

Del árido desierto,
Débil le deja, sin sentido, yerto.
Daleh. El desdichado infante
Tiene su lengu'al paladar pegada
Y busca vacilante
El pecho de su madre despiadada,
Y los niños, corriendo congojosos,
Le piden pan con inquietud amarga.
Pan le demandan otra vez llorosos,
¡Y nadie el pan alarga!
He. Aquellos qu'en banquetes delicados
Hartaron caprichoso el apetito,
Hambrientos hoi suspiran,
Y por las calles débiles espiran.
El qu'en lechos de grana regalados
Gozaba de placer sueño esquisito,
Hoi en penar profundo
Por el estiércol se revuelca inmundo!
Vau. Mayor es el castigo
De la hija de Sion qu'el de Sodoma:
En esta el enemigo
Fuego es del cielo que sobre ell'asoma
Y raudo en un momento
Consume la justicia vengadora,
Sin el hambre ni sitio violento,
Pecado y pecadora.

—

¡Jerusalen, Jerusalen impía!
El treno dolorido
Oye que raudo á la celeste altura
Te llama y aflijido
Dice, radiante con su lumbre pura:
¡Conviértete al Señor en este dia!

ORACION DE JEREMIAS.

Acuérdate, Señor, de nuestros males
Y del oprobio que á Sion rodea:
La culpa á tu justicia nunca iguales,
Tan solo amor, no saña, el pueblo vea.
Pátria y hogar son presa del estraño:
Suya es ¡oh mengua! la dichosa tierra
Premio ofrecido de Judá al rebaño,
Si al vicio horrible levantaba guerra.
Mas no fue así, y el lastimero llanto
Vertemos hoi, cual huérfanos sin padres:
Y en mar de luto, en jemidor quebranto,
Tambien cual viudas lloran nuestras madres.
¡Cuánta desgracia la maldad hacina!
¡Ai cuánto de deshonra y dura mengua!
Si el labio busca el agua cristalina
Con que humedezca l'abrasada lengua;
Si, ya que no los frutos ni las flores
De un suelo tan rico en dulcedumbre,
Del frio y hambre huimos los rigores,
Leña buscando por riscosa cumbre,
La codicia voráz del estranjero
Por agua y leña pide, ¡oh amargura!
Nuestro oro y plata ¡á precio de dinero
Lo que regala con placer natura!
El que ambriento y desnudo viene al suelo,
El débil que sucumbe á la agonía,
Es arrastrado en negro desconsuelo
Cual bestia inmunda con rudeza impía.
A Egipto, Asiria, el enemigo fiero,
Humildes alargamos nuestra mano,

Demandando con eco lastimero
Pan con que sacie el padecer insano.
Y es que la culpa de sus padres llora
Hoi la infeliz humanidad doliente.
Y lleva de la mancha pecadora
Señal funesta en l'abatida frente.
De ahí que convertido en débil siervo
Veamos al señor rico y altivo,
Sin que la pena, el malestar acerbo,
Ninguno mitigar pued'al cautivo.
De ahí que corr'al árido desierto
Do saci'el hambre, triste, solitario,
Y d'espanto sucumba, frio y yerto,
Viendo vibrar la espada del contrario.
De ahí qu'el hambr'en tempestad rujiente
La piel arrugue y ponga denegrida,
Cual si llama voráz de un horno ardiente
Arrebatára la indefensa vida....
Judá y Sion ocultan el semblante:
Sus vírgenes son mofa del impuro:
Sus mujeres con eco suplicante
Treguas demandan al oprobio duro!...

—

¡Suspende, pues, ó Dios, de tu justicia
El rayo vengador y pavoroso:
Atróz es de tu pueblo la malicia,
Ingrata fué Sion!
Mas hora mi buen Padre bondadoso,
Oye cual triste en dolorido anhelo
Llora su culpa y se dirije al cielo
En mística oracion!